

JAN VILANOVA
CLAUDÍN
OSCURIDAD

teatro**auto**expres

teatro**auto**expres

JAN VILANOVA CLAUDÍN
OSCURIDAD

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

OSCURIDAD

Primera edición, 2020

© De *Oscuridad*: Jan Vilanova Claudín

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2020

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.

Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Marisa Barreno.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-1244-2020

Esta obra fue escrita en pocos días, fruto de una reflexión sobre un suceso singular: el anunciado fin del mundo, según el calendario maya, que –se supone– tenía que acabar con nuestra existencia en diciembre de 2012.

En un pequeño pueblo del sur de Francia, Bugarach, se reunió mucha gente con la esperanza de sobrevivir a aquel cataclismo. Siempre me he preguntado qué pensaron aquellas personas una vez pasó la fecha señalada. Y también si sabían que aquella era la 184.^a vez que se anunciaba el fin del mundo.

O, quizás, en realidad solo quería escribir una obra sobre la necesidad de sentirnos normales.

Oscuridad

Se estrenó en la Sala Intemperie de Madrid el 22 de marzo de 2019

Reparto

A
B1 Y B2

Dafnis Balduz
Karlos Aurrekoetxea

DIRECCIÓN

Gorka Lasaoa y Abel Vernet

Personajes

A: hombre, alrededor de 35 años

B1 Y B2: hombre, más de 45 años

Indicaciones para la lectura

El signo “/” en un parlamento indica interrupción.

Los puntos suspensivos en solitario indican expectación, desconcierto o deseo de hablar.

El contexto determinará la duración de las pausas.

1

B2 se dirige al público de la sala. No hay nadie más en escena.

B2.— Buenas noches.

¿Saben lo que es la liofilización?

La comida de los astronautas, ¿les suena?

La liofilización, deshidrocongelación o criodesecación, es un proceso de deshidratación usado generalmente para conservar un alimento perecedero.

El proceso de liofilización fue inventado en 1906 por Arsène d'Arsonval y su asistente Frédéric Bordas en el laboratorio de biofísica del *Collège de France* en París. Aunque, como en muchos otros casos, no se emplearía de forma masiva hasta la II Guerra Mundial.

Pausa.

Verán, la liofilización es una técnica bastante costosa y lenta si se la compara con los métodos tradicionales de secado, pero resulta en productos de una mayor calidad, ya que, al no emplear calor, evita en gran medida las pérdidas nutricionales y organolépticas.

Es sano.

Es sa-no. Es *natural*.

¿Comprenden?

2

Es invierno. Hace un calor insoportable.

Una oficina de turismo anodina en un pueblo remoto. No hay nadie. Un reloj de pared inunda con su tictac la escena (ya sonaba al inicio de la función).

A entra.

A.— ¿Hola?

El reloj de detiene.

¿Hola?

Pausa.

Ho/

B1 entra por una puerta situada detrás del mostrador.

B1.— Hola.

A.— Buenos días.

B1.— ¿Ha cerrado al entrar?

A.— Sí.

B1.— ¿En serio?

A.— Sí. ¿Por?

B1.— Da igual.

A.— Hacía mucho calor, pensaba que el aire acondicionado se perdía/

B1.— No tenemos aire.

A.— Claro, pero con el calor que hace he pensado que/

B1.— Buenos días.

Pausa.

A.— Buenos días. Disculpe, ¿es aquí el ayuntamiento del pueblo?

B1.— Disculpe, ¿el ayuntamiento?

A.— Sí.

B1.— Es aquí, sí, disculpe.

Pausa.

A.— ¡Genial! A ver si me pueden ayudar.

B1.— ¿Pueden? ¿Quiénes?

A.— Ustedes, los del ayuntamiento.

B1.— ¿Hay alguien más?

A.— Eh... No sé. No...

B1.— No creo que haya nadie más. ¿Ha permitido que alguien más entrara?

A.— No.

B1.— ¿Así que necesita mi ayuda?

A.— He tenido una avería.

B1.— Una avería...

A.— El coche. Ha fallado, me ha dejado tirado. Ha muerto.

B1.— ¿Ha muerto?

A.— Es una forma de hablar, no/

B1.— Ya lo sé, señor, ya lo sé.

¿Así que ahora no podrá marcharse?

A.— Hombre, esperemos que sí, ¿no?

B1.— Por supuesto. ¿Pero qué ha pasado?

A.— Eso es lo que le iba a contar.

B1.— Ah.

A.— Se ha apagado. Iba conduciendo tan tranquilo. Y de pronto...,
paf, se ha apagado.

B1.— ¿*Paf*?

A.— Ya no se encendía. Ni el cuadro eléctrico. Debe de ser algo de
la batería. Pero, bueno, ha sido muy cerca del pueblo, he tenido
suerte.

B1.— (*Susurrando*) Suerte.

A.— ¿Cómo?

B1.— ...

A.— Ha dicho algo, ¿no?

B1.— Sí, sí.

Pausa.

A.— Total que/

B1.— ¿No quiere saber lo que he dicho?

A.— Eh, bueno..., me ha parecido que... ¿“Suerte”?

B1.— Sí, es exacto.

Pausa.

A.— ¿Tiene/ hay algún problema?

B1.— Depende.

A.— ¿Depende de qué?

B1.— De su coche. De si se puede arreglar.

A.— Ya.

B1.— ¿Dónde?

A.— ¿Dónde el...?

B1.— Sí.

A.— Pues, le decía, a la salida del pueblo.

B1.— ¿Ha tenido que andar mucho?

A.— No especialmente.

B1.— Entonces no tiene sed.

A.— No. Sí, sí, hace calor.

B1.— Pues no tenemos agua.

A.— Ya... No se preocupe, ahora saldré a comprar agua.

B1.— Sí, buena suerte con eso también...

A.— ¿Por?

B1.— No sé dónde va a encontrar agua...

A.— En la tienda, justo aquí al lado.

B1.— Deben de haber cerrado ya.

A.— Acabo de entrar aquí, no creo que/

B1.— Sí, seguro. Cerraban justo ahora, ¿lo ve?

 Justo. La persiana se cierra. Ya.

 Acaban de cerrar.

A.— Vaya.

B1.— La suerte a veces...

A.— Mire, perdone si le parezco maleducado, pero entiendo que esto es una oficina del ayuntamiento, usted me puede ayudar, ¿no? Esto es un punto de información.

B1.— Turístico.

A.— Turístico.

B1.— Claro.

Pausa.

A.— ¿Hola?

B1.— ¿Quiere un folleto?

A.— ¿Un folleto de qué?

B1.— De la región y sus bellezas: paseo por las aguas prístinas del río, paseos a caballo por los prados. Tirolina. *Trekking*. Nudismo.

A.— No me interesa.

B1.— Ah, y *rafting*. Justo hemos inaugurado esta actividad. Yo soy el monitor.

A.— No me interesa, gracias.

B1.— ¿Por qué?

A.— No me interesan las bellezas de esta región, yo lo que quiero/

B1.— ¿Por qué ha dicho eso de que quizás parece maleducado y que si esto es el ayuntamiento yo le puedo ayudar? ¿Hay algo que le esté molestando? ¿Me está tomando el pelo?

A.— No, no.

B1.— Parecía que lo decía con segundas.

A.— No, hombre, no.

B1.— Como si no le estuviera ayudando.

Pausa.

A.— Un momento. Vale, ya entiendo. Ya entiendo. ¿Usted se cree que yo...? Me ha tomado por uno de *esos*.

B1.— “Uno de *esos*”.

A.— Sí, uno de *esos* que se pasean por ahí, ¿no?

Claro, tiene sentido. En las últimas semanas se debe de haber llenado de gente el pueblo, y con lo pequeño que es..., parece que lo hayan invadido. Yo no soy uno de ellos. Yo no he venido para quedarme. Quiero decir que no creo que hoy sea el fin del mundo ni que este pueblo sea el único lugar para salvarse.

B1.— Salvarse.

Pausa.

A.— Soy periodista. ¿No me reconoce?

B1.— No.

A.— Soy reportero, de un programa de investigación de actualidad. Vengo a cubrir el suceso.

B1.— Ya. Nunca he tenido muy claro a qué se refería el término *suceso* en periodismo...

A.— Si no le importa, necesitaría llamar a una grúa, arreglar el coche, hacer el reportaje y, para cuando haya pasado el fin del mundo, volver a casa.

Así que, descuide, no, no soy uno de *esos*.

B1.— Muy bien.

A.— ¿Muy bien?

B1.— Está sudando.

A.— Sí.

B1.— Tiene calor.

A.— Sí, esto no es normal. En esto sí que tengo que darle la razón a la gente.

B1.— Nada habitual, siendo 21 de diciembre.

Cuando dice “a la gente”, ¿se refiere a la gente de afuera? ¿A los locos que merodean por aquí, según sus propias palabras?

A.— Creo que..., yo no sé si he usado la palabra *locos*.

Pausa.

B1.— ¿En qué le puedo ayudar, por favor? ¿Por qué me mira así?

A.— No le estoy mirando de ninguna manera. A ver..., tengo el coche averiado.

B1.— Sí.

A.— Bien.

Pausa.

Necesito llamar al seguro.

B1.— Sí.

A.— Para que avisen a un taller de la zona.

B1.— En este pueblo no hay talleres.

A.— Ya me lo he imaginado, es un pueblo pequeño.

B1.— Muy muy pequeño.

A.— Pero ya sabe cómo va esto...

B1.— ...

A.— Llamo al seguro...

B1.— Llama al seguro...

A.— Y ellos buscan...

B1.— Buscan...

A.— Encuentran...

B1.— Encuentran...

A.— Y avisan...

Pausa.

Y avisan a un taller cercano.

B1.— Sí. Pero no hay talleres cercanos.

A.— Pues lejanos.

B1.— No creo que/

A.— ¿¡Puedo llamar!?

B1.— ¿Todo esto para decirme que quiere hacer una llamada?

A.— Ya ve... Es que no tengo cobertura.

B1.— ¿No?

A.— No.

B1.— Me sabe muy mal. No hay cobertura en el pueblo porque “al-
gún loco”, usando sus propias palabras, ha arrancado el repetidor
de la zona esta mañana.

A.— Vaya por Dios. ¿Y el hijo?

B1.— No hay hijo.

A.— Venga ya.

B1.— ¿No me cree?

A.— No..., no sé, sí..., me da igual. ¿Tiene hijo o no?

B1.— ¿Por qué me habla así?

A.— Yo, no... Disculpe. Estoy cansado. Por favor, ¿tiene o no tiene
un teléfono fijo para hacer una llamada corta?

B1.— No.

A.— ¿Quiere que le pague?

B1.— ¿Qué?

A.— ¿Es un tema económico? Lo entiendo/

B1.— ¿Qué está diciendo?

A.— Nada...

B1.— Soy un funcionario público.

A.— No he dicho nada, olvídalo.

B1.— No hay hijo. Pero igualmente no hay ningún taller en el pueblo.

A.— ¿Me está diciendo que no tienen un teléfono fijo en este ayuntamiento?

B1.— Exactamente.

A.— ¿Y cómo es posible? Por favor, explíquemelo.

B1.— No hay ninguna línea fija en el pueblo porque... vinieron unos señores... y las cortaron.

A.— ¿A qué se refiere?

B1.— Unos señores enviados por el gobierno. Anularon todas las líneas fijas hace un año.

A.— ¿Y por qué querrían hacer eso? ¿Qué es esto, una trama oscura? ¿Iban de negro los señores del gobierno?

B1.— No, iban vestidos de calle. Eran ingenieros de telecomunicaciones. Funcionarios... ¿o quizás era una subcontrata? La mayoría tenía aproximadamente su edad. Nuestro pueblo fue seleccionado para un programa en fase experimental: Las Comunicaciones del Futuro, lo llamaban. Así pues, no quedan líneas fijas.

A.— Madre mía...

B1.— ¿Qué?

A.— ¿Es una broma?

B1.— No lo es.

A.— Parece hecho adrede esto...

B1.— Yo no lo he dicho...

A.— ¿Por qué? ¿Qué insinúa...?

B1.— ¿Usted es consciente del momento en el que ha llegado?

A.— Sí, según no sé qué profecía, hoy será el fin del mundo.

B1.— Ya. Pero ¿sabe el momento...

¿Es consciente del momento en el que ha llegado?

A.— Por cómo lo dice, creo que la respuesta es *no*.

B1.— No queda tanto para el fin del mundo.

A.— ¿Ah, no?

B1.— Ha apurado mucho, usted.

Si el coche le llega a dejar tirado, pongamos, a 10 kilómetros de aquí, el fin del mundo le pillará andando por la carretera.

A.— ¿Tan poco queda?

B1.— Muy poco.

A.— Pensaba que era esta noche.

B1.— Porque usa el calendario equivocado. El gregoriano, el nuestro. Mal.

A.— Pues casi mejor, así acabamos antes el reportaje.

B1.— ¿Le parece una broma esto?

A.— No. Me parece que estoy cansado.

B1.— ¿Quiere un pañuelo?

A.— ...

B1.— Por el sudor. Intuyo que le están sudando profusamente las axilas.

A.— No, gracias.

Pausa.

B1.— Está muy perdido, usted.

A.— Sí.

B1.— ¿Y no le preocupa?

A.— ¿Y usted?

B1.— A mí me sabe mal por usted.

A.— No. Me refiero a que usted también parece algo... desorientado.

B1.— No, no lo creo.

Pausa.

A.— No lo creo.

¿Quiere sentarse? Creo que usted quiere sentarse.

B1.— No. ¿Qué hace?

A.— ¿Quiere un helado? Creo que usted quiere un helado.

B1.— Se está comportando de una forma un tanto extraña.

A.— No, para nada. ¿Quiere un folleto?

B1.— Me está asustando.

A.— No pasa absolutamente nada. Estoy muy bien. ¿Y usted?

B1.— Me preocupa un poco, se comporta como alguien que no está muy bien de...

Pausa.

A.— Perdón. Ayúdeme.

B1.— Por supuesto.

A.— Todo esto está resultando algo... *especial*.

B1.— ¿Qué quiere decir?

A.— Desde que he salido del coche he tenido una sensación extraña: el calor que hace, el silencio, las miradas hurañas. Y he tenido la impresión de que no había gente del pueblo.

B1.— Hay mucha gente en el pueblo, los veo desde aquí. A los que usted ha llamado locos, por cierto.

Pausa.

A.— Ya, no me refiero a *esos*..., me refiero a que no veo a gente *del* pueblo, pueblerinos.

Y no lo digo en un sentido despectivo, sino literal.

B1.— La gente de este pueblo está cansada. Muy cansada.

A.— Ya me imagino.

B1.— Sí.

A.— Parece mentira la cantidad de gente que ha llegado hasta el pueblo estos últimos días, se nota a la legua que son de fuera.

B1.— Días no, meses.

A.— Oiga, ¿no están mirando hacia aquí ahora?

B1.— ¿Quiénes?

A.— La gente de fuera...

Parece que miren hacia aquí y que estén... callados.

B1.— Yo vine hace poco.

A.— Ah..., ¿ah, sí?

B1.— Sí.

A.— ¿Y trabaja aquí, en el ayuntamiento?

B1.— Sí.

A.— Ah..., pensaba que sería de aquí.

B1.— Muchas gracias, se lo agradezco. Soy de muy lejos.

Pausa.

A.— Bueno. Ha sido un placer.

B1.— ¿Ah, sí?

A.— Sí, sí. Totalmente.

B1.— Qué bien.

A.— Pero ahora me voy a ir.

B1.— ¿De verdad?

A.— De verdad.

A va hacia la puerta de salida.

B1.— ¿Y cómo va a salir?

A.— Por la pue/

A se da cuenta de que no puede abrir la puerta de salida.

¿Qué coño...?

B1.— Se lo he dicho antes.

A.— ¿Qué/ ¿Me puede abrir, por favor?

B1.— Se lo he dicho antes; le he dicho: “¿Ha cerrado usted la puerta al entrar?”, e incluso le he insistido, he dicho: “¿En serio?”.

A.— ¿Me puede abrir, por favor?

B1.— Es que no se puede.

A.— ¿No se puede?

B1.— Usted ha cerrado y ya no se puede abrir.

A.— Pero... pero... ¿por qué?

B1.— Todo lo electrónico está fallando. El sistema de la puerta —así como las ventanas, que estas sí que le reconozco que ya estaban cerradas al entrar usted— es electrónico. Por eso había dejado la puerta abierta. (*Más para sí*) Por eso y porque creo que una puerta abierta es sinónimo de *amistad*.

Pausa.

A.— ¿Y ahora qué?

B1.— No lo sé. ¿Esperar?

A.— Madre mía.

A ver. ¿Me haría un favor al menos?

B1.— ...

A.— ¿Le importaría si le hago una entrevista?

Para el reportaje.

A saca una libreta y un bolígrafo.

B1.— ¿El reportaje sobre el fin del mundo?

A.— Exactamente.

B1.— ¿Y por qué yo?

A.— Bueno, ¿y por qué no? Usted vive aquí, trabaja aquí, en el ayuntamiento del pueblo; seguro que ha vivido con especial intensidad estas últimas semanas. Y además no podemos salir, o sea, que cojonudo, ¿no?

B1.— Yo no he hecho nada malo.

A.— No me cabe la menor duda. Y ahora, por favor: ¿Cómo ha vivido estas últimas semanas en el pueblo?

B1.— Inquieto.

Pausa.

A.— ¿Ya está?

B1.— Sí.

A.— Hace unas semanas el pueblo empezó a llenarse de gente, ¿verdad?

B1.— Sí.

A.— ¿Cómo/

B1.— Fíjese: *(en referencia al exterior)* hay muchísima más gente de la habitual. Qué curioso.

A.— Ya. ¿Cómo ha sido la relación con esta gente?

B1.— Difícil.

A.— ¿Difícil?

B1.— O no, quizás no tanto. Normal.

Pausa.

A.— Señor...

B1.— Diga.

A.— Da igual. ¿Usted cree en el fin del mundo?

B1.— No.

A.— ¿No quiere...? Me iría bien que se extendiera un poco más en las respuestas.

B1.— No lo sé.

A.— ¿No lo sabe?

B1.— ¿Cómo funciona esto?

A.— ¿Qué?

B1.— ¿Cómo lo hace? ¿Escribe lo que le digo?

A.— Claro.

B1.— ¿Y si hablara sin parar?

A.— Pues/

B1.— ¿Y si mi respuesta fuese una larga frase sin interrupciones ni puntos ni comas y tuviera que apuntar todo lo que digo entonces quizás se perdería alguna cosa cómo puede entonces estar tranquilo apuntando sus respuestas haciendo uso solamente de una libreta y un bolígrafo?

A.— Abreviaciones. Captar el sentido de lo que se dice.
De todos modos/

B1.— Esto quizás le llevaría a malinterpretar lo que le he respondido.

A.— No creo que/ Por favor, ¿no puede sencillamente extenderse un poco más en las respuestas?

B1.— Ya lo he hecho. He cambiado mi respuesta.

A.— ¿Cuándo?

B1.— Usted me ha preguntado si creía en el fin del mundo, yo le he dicho que no y usted me ha pedido que me extendiera en mis respuestas, así que le he dicho que no sé. Esta es mi respuesta más extensa y más exacta.

A.— ¿No sabe si cree o no cree en el fin del mundo?

B1.— Exacto.

A.— Pero no es un poco..., quiero decir, me parece una respuesta...

B1.— ¿Qué quiere, que le dé la respuesta que usted quiere oír?

A.— No.

B1.— ¿Entonces?

A.— De acuerdo. Perdón.

Pausa.

Hábleme un poco de la montaña.

B1.— ¿Qué pasa con la montaña?

A.— Hay gente que considera que la montaña es mágica. Los expertos en esta leyenda apuntan a que allí se concentran fuerzas mágicas.

B1.— Qué tontería.

A.— ¿Por qué?

B1.— Por nada.

A.— No, diga, ¿por qué ha dicho “qué tontería”?

B1.— Por nada. No sé ni por qué lo he dicho.

Pausa.

A.— Parece ser, además, que se discute el origen de estas fuerzas mágicas: hay gente que afirma que allí murió María Magdalena y que sus poderes permanecen en el lugar; otros, en cambio, apuntan a fuerzas alienígenas. Aseguran que allí hay una nave espacial enterrada desde hace siglos esperando la fecha señalada, o sea, hoy, para partir de la Tierra.

B1.— Entiendo. ¿Cuál es la pregunta?

A.— Bueno, como habitante de este pueblo, ¿qué opina de la montaña?

B1.— ¿Quiere mi opinión sobre la montaña?

A.— Por favor, no es tan difícil.

B1.— A mí me parece una montaña bastante fea.

A.— ¿Ya está?

B1.— No, espere, verá cómo le doy una respuesta más extensa: este es un pueblo, en general, bastante feo. Nadie se atreve a reconocerlo, pero es así. ¿Sabe lo que pasa? Que no tenemos árboles casi. Esta es una tierra yerma, seca, desde hace siglos, desde la gran deforestación, y entonces, por mucho esfuerzo, por mucha ilusión que le pongas..., este es un pueblo feo. Y la montaña es fea. Porque por más ganas que le pongas, una montaña que a lo más que aspira es a cuatro arbustos resecos en verano, pues no tiene la más mínima gracia. Por eso digo que es fea.

Ah, y en verano hay muchos incendios, porque esta montaña prende como si fuera un fósforo. Ya lo comenté en la última reunión de prevención con los forestales, pero no me hicieron caso. Nunca me hacen caso.

En realidad, creo que la gente no escucha.

No.

Pausa.

A.— Bueno. Gracias por su tiempo.

B1.— ¿Ya está? ¿No hay más preguntas?

A.— No, no, ya está. Muchas gracias.

B1.— ¿De verdad?

A.— De verdad.

B1.— ¿No me lo dice porque considera que no le han gustado mis respuestas y ha acortado la entrevista para terminar cuanto antes?

A.— No. Eran justo estas preguntas. Muchas gracias.

B1.— ¿Seguro?

A.— De verdad, se lo digo de verdad: al menos usted me habla. Porque con los de afuera, mire que lo he intentado, pero no hay manera. No querían decir ni pío. Bueno, en realidad sí que hablan, pero cada quien con su grupito. Y quien dice grupito dice secta, ya me entiende...

Antes de llegar aquí, me he acercado a un grupito, parecían *normales*, iban vestidos así... normales. Pensaba que eran del pueblo. Total, les he preguntado dónde había un teléfono y entonces lo único que han hecho... Uno de ellos se acercado a mí y, sin decir palabra, me ha colocado un dedo aquí, ¿ve?, aquí, en este punto de las cervicales.

Supongo que es uno de esos puntos energéticos. Porque yo no digo que no pueda ser verdad esto. Las energías, me refiero, y que vayan bien para determinadas cosas, claro. Yo, por ejemplo, las he usado.

Yo..., a ver, me estoy quedando calvo. Ya sé que puede no parecerlo a simple vista, pero estoy empezando a quedarme calvo y lo he probado todo. Todo. *Finasterides*, *Minoxidiles*, crecepelos naturales varios... Y lo único que me ha ido bien, que me ha ayudado, ha sido un señor que *mueve* energías. A ver, bien..., yo creo que me ha calmado, sí..., no sé si me ha ido bien. Pero me ha calmado.

En el transcurso del siguiente parlamento, B1 abandona el escenario por la puerta situada detrás del mostrador.

Porque al final es esto, ¿no? ¿De esto se trata todo, no? La gente, en el fondo, está muy cabreada. Está muy cabreada. Claro, hay

como un mal humor permanente, un ruido de fondo, con nuestras neuras... Todo el mundo preocupado, taciturno, rumiando que si esto, que si aquello. Y sin modales; la gente usando el móvil a cualquier hora, ¿se ha dado cuenta?, o escuchando música en el metro como si... Al lado, al lado, y tú quieres decirles algo y... y entonces te miran mal. Sí, te miran mal. Y tú... Y no te responden bien. No te responden bien. Pero son más fuertes que tú. Y entonces vienen las dinámicas nocivas, la falta de comunicación, las crisis... de todo tipo, crisis de todo tipo, y tu pareja se va con otro... y claro, al final, llega un punto... viendo a toda esta gente, justo antes de entrar, pues... se... se me han hinchado los cojones y he estado a punto de gritar: “Pero a ver, gilipollas, ¿todavía no os habéis dado cuenta? ¿No habéis caído en el pequeño detalle de que se ha anunciado el fin del mundo unas 184 veces ya? ¿DE VERDAD NO OS DAIS CUENTA DE LO ABSURDO QUE ES ESTO, SUBNORMALES?”.

El fin del mundo...

A se gira; B1 ya no está.

¿Hola?

¿Hola?

¿Señor?

¿Ho/

Joder.

Justo cuando A decide encaminarse hacia la puerta por la que ha salido B1, entra por ella B2, que quizás muestra una expresión de sobresalto al descubrir que hay una persona en la oficina.

A.— ¿Qué?

B2.— Perdón, es que no pensaba que hubiera alguien aquí.

A.— ¿Cómo?

B2.— ¿Quién ha sido el imbécil que ha cerrado la puerta?

A.— Yo.

B2.— Ah..., disculpa. No te tomes a mal lo de imbécil, pero ahora ya no podremos abrirla. Vaya día llevamos...

A.— ¿Qué me está contando?

B2.— Que al cerrarla ya no se puede volver a abrir, porque está fallando todo. Todo lo electrónico. Estamos encerrados.

A.— Pero si ya lo sé, ya me lo ha contado antes.

B2.— No me hables de usted, no lo soporto. ¿Venías a por la comida?

A.— ¿Qué? ¿De qué/ Nos hemos estado tratando de usted todo el rato.

B2.— ¿Cuándo?

A.— Si llevamos hablando aquí...

B2.— ...

A.— ¿No sabes quién soy?

B2.— No.

A.— ¡Hemos hablado de... del coche, de la avería de...

B2.— No.

A.— Y ahora yo... te estaba... te estaba hablando, pero he mirado hacia fuera y me imagino que te has ido cuando te he dado la espalda.

Pausa.

B2.— Ah, vale, ya lo entiendo. Ya entiendo qué ha pasado.

A.— ¿Qué?

B2.— Tú has hablado con mi hermano.

A.— ¿Tu hermano?

B2.— Sí. Mi hermano. Mi hermano gemelo.

A.— Sí, claro.

B2.— ...

A.— Y ahora me dirás que vais vestidos iguales. Idénticos.

B2.— Claro.

A.— Madre mía.

B2.— ¿Qué pasa, tío? ¿Acaso no has visto nunca a unos gemelos vestidos iguales?

A.— Sí, pero de pequeños..., de... de ¡niños pequeños!

Pausa.

B2.— Tú también.

A.— ...

B2.— Tú también. Claro.

A.— ¿Yo qué?

B2.— ¿Tú también eres uno de esos?

A.— ¿“De esos”?

B2.— Ya me entiendes: los que lleváis aquí merodeando semanas...
Pesaditos estáis con el... evento de hoy, ¿eh?

A.— ¡Yo, no! ¡Yo, no!

B2.— Eres uno de estos jipis...

A.— De verdad, lo juro. O sea, yo... acabo de llegar. Soy de fuera...
de fuera, pero no como los otros de fuera, ¿me entiendes?

B2.— ¿Así que no eres de esos?

A.— Claro..., yo soy..., yo soy normal.

Pausa.

B2.— Gracias a Dios. ¡No sabes cuánto me alegra escuchar a alguien normal!

A.— Oh, y a mí, ¡y a mí!

B2.— Es que esto se ha convertido en una casa de locos.

A.— ¿Verdad?

B2.— Totalmente, yo estoy harto, ya. No. Así no se puede trabajar.

A.— ¡Ha sido todo una locura! Y he entrado aquí, y tu hermano parecía..., la conversación no se acababa nunca, no sé, es que parecía...

B2.— Mi hermano, entre tú y yo..., es raro de cojones.

A.— Sí, ¡totalmente! O sea, no te lo tomes a mal/

B2.— ¡Qué va! Parece un loco. Un loco. Está fatal de la cabeza, de verdad. ¿Ha empezado con su rollo? ¿Repitiendo palabras y haciendo preguntas raras y con esta cara?

A.— ¡Sí!

B2.— Pues me sabe muy mal.

A.— Gracias. Gracias.

B2.— Respira, relájate, que ahora estás hablando conmigo, de hombre a hombre. Relájate.

Pausa.

¿Mejor?

A.— ¿Un vaso de agua no tendrías? Es que me muero de sed.

B2.— No, lo siento. Pero cuando llegué a este pueblo yo también pensé que alguien me estaba gastando una broma pesada.

A.— Exacto.

B2.— ¿Y qué has venido a hacer aquí? ¿En qué te puedo ayudar?

A.— Una llamada.

B2.— ¿Una llamada? ¿Has venido aquí a hacer una llamada?

A.— No, o sea..., el coche..., el coche no funciona.

B2.— ¿Qué coche?

A.— Mi coche, ¡mi coche!

B2.— ...

A.— Perdona. No quiero que pienses..., o sea..., yo venía en mi coche..., ha fallado/

B2.— El cuadro eléctrico.

A.— Sí, ¡eso!

B2.— Entiendo. ¿Pero eso es lo que has venido a hacer aquí?

A.— ¡No, no! Claro, sería absurdo.

B2.— Sí, claro, sería absurdo.

A.— Yo soy periodista. Reportero. ¿No me reconoces?

Parece que sí, pero al final...

B2.— No.

A.— Venía aquí, hoy, para hacer un reportaje de investigación sobre el fin del/

B2.— ¡NO LO DIGAS!

A.— ¿Qué pasa?

B2.— Ni se te ocurra pronunciarlo.

A.— ¿Qué? ¿Por qué?

B2.— Nada, hombre, es normal, acabas de llegar.

A.— ...

B2.— Disculpa que te haya gritado. No podías saberlo.

A.— ...

B2.— ¿Me disculpas, o no?

A.— Sí, claro, no te preocupes.

B2.— Gracias.

A.— ¿No se puede hablar de/

B2.— Exacto.

A.— Y por eso me/

B2.— Justamente.

A.— Pero/

Parece que B2 va a decir algo, pero no lo hace.

¿Por qué? Pensaba que opinábamos que eran una panda de chalados y que todo esto eran gilipolleces.

B2.— Bueno, sí, y no deja de ser cierto, amigo mío. Pero en estos casos... esto es como la magia.

A.— ¿Qué quieres decir?

B2.— Te haré una pregunta: ¿Tú crees en la magia?

A.— No.

Pausa.

B2.— Perdón. Reformulo la pregunta: ¿Tú crees que la magia existe?

A.— Eh... No. ¿Pero no es la misma/

B2.— ¡MEC! Respuesta incorrecta. La magia existe.

A.— ¿Ah, sí?

B2.— Claro. Para quien cree en ella, existe.
¿Has oído hablar de Mungo Park?

A.— ¿Mungo Park?

B2.— Un nombre bastante ridículo, ¿verdad? Mungo. Mungo.

Mira, el señor Park fue uno de esos exploradores británicos que descubrieron África. Un hombre de verdad, no como los de ahora. El bueno de Mungo escribió unos diarios de sus viajes, como es lógico... Él acabó muriendo; toda la expedición, de hecho. Más de cincuenta hombres, aparte de los negros. Fueron cayendo como moscas ante la hostilidad del clima y de las gentes —por decirlo de algún modo— del lugar. Parece ser que el pobre Mungo encontró su angustioso e infortunado final en circunstancias poco claras, en algún tramo del río Níger, navegando en una balsa. Parece ser que los habitantes de la zona tenían su propia opinión sobre la conveniencia de los viajes exploratorios de Mungo.

Aunque, ahora que lo pienso..., si todo el mundo murió, ¿cómo conocemos su final? Misterios, amigo mío, más misterios.

El caso es que antes de este infausto desenlace se produjo un incidente curioso que quedó registrado en los diarios de Mungo...

Por un momento, el reloj de pared vuelve a funcionar. Los dos hombres lo observan. Ha sido solo por un momento.

Una noche, extenuada, la expedición acampó en lo que después descubrieron —a causa de las angustiadas quejas de los negros— que era un cementerio. Parece ser que los esclavos —ya ves que en esa época había esclavos, se los llamaba por su nombre y no estaba mal visto tenerlos, pero este es otro tema...—, parece ser que los esclavos empezaron a suplicar que no se instalara allí el campamento, que era tierra sagrada, habitada por espíritus, protegida por la magia de los muertos. Evidentemente, no se les hizo caso

porque eran seres inferiores. No lo digo yo, lo decía Mungo, claro... Si acaso, les ajustaron más los grilletes para que no escaparan.

Aquella noche fue una noche oscura, sin luna... Un inusitado silencio invadió aquel paisaje otrora ruidoso. Fue una noche bastante larga para más de uno... Al día siguiente, al despertarse, los exploradores se dieron cuenta de que varios esclavos habían muerto; sin signos aparentes de violencia, un rictus de terror deformaba sus rostros. La magia había hecho acto de presencia. ¿O no?

¿O no?

A, entonces, piensa que debe decir algo. Pero, cuando está a punto, B2 continúa.

Para los blancos, se trató de muertes *naturales*, producidas seguramente por paros cardíacos. O lo que es lo mismo: habían muerto de miedo a causa de la increíble capacidad de autosugestión de la mente humana.

Había otra explicación, sin embargo; si les hubieran preguntado a los mandingos encadenados... Ellos hubieran respondido que los muertos y su magia se habían vengado de la profanación.

Pausa.

Entonces, lo pillas, ¿no?

A.— Sí, sí, claro.

Pausa.

Vaya.

Pausa.

B2.— ¿Vaya? ¿Solo dices “vaya”?

A.— Bueno, eh...

B2.— ¿Te parece poco?

A.— No, no, claro, es una historia/

B2.— Para mí, amigo mío, la cuestión esencial es la siguiente: llámalo paro cardíaco o venganza de los muertos; el tema es que estás muerto. Muerto.

Así pues...

A.— ¿Sí?

B2.— Así pues...

A.— ...

B2.— ¿Qué has aprendido con esta historia?

A.— Que no... que nosotros..., o sea, que yo...

B2.— Que mejor no remuevas la mierda si puedes evitarlo.

A.— Tengo esa sensación desde que he llegado. ¿Qué podemos hacer?

B2.— ¿Hacer? Muchas cosas...

A.— Me refiero para escaparnos.

B2.— Ah..., ya, sí, claro...

Pausa.

Podemos esperar.

A.— ¿Esperar?

B2.— Claro... A que pase la hora.

A.— No me parece que tenga mucho sentido...

B2.— ¿Tú crees? Piensa que si fuera verdad, lo digo como caso hipotético, si fuera verdad que se va a acabar el... Solo la gente que esté en este pueblo será salvada, ¿verdad?

Así que, si ahora nos marcháramos y nos pillara en medio de la carretera el... ya sabes el qué, pues... sería peor, ¿no?

A.— Ya...

B2.— Lo digo como mera hipótesis. Ya sé que tú y yo no somos como esos jipis maricones de ahí afuera.

A.— Puede ser...

B2.— No, puede, no, seguro: al menos por mi parte.

A.— Pero ¿y si... rompemos un cristal? O sea, al menos por mi parte, creo que preferiría no estar aquí dentro.

B2.— ¿Tienes claustrofobia?

A.— No, no.

B2.— Porque eso sí que sería una putada. A veces tengo unos sueños terribles: estoy atascado en una tubería, casi sin poder respirar. Es horrible.

A.— Creo que prefiero irme.

B2.— Ah, muy bien.

A.— Sí, paso del reportaje. Me voy.

B2.— ¿Pero cómo?

A.— Bueno, tendría que romper un cristal...

B2.— Claro.

A.— Espero que no te importe.

B2.— No, lo entiendo, lo entiendo.

A.— Y, si eso, mañana mismo me llamas y me dices cuánto te debo por el cristal. ¿Te parece?

B2.— Sin problema.

A.— Gracias, de verdad.

B2.— Sería una opción.

A.— Genial.

Pausa.

¿Me ayudas?

B2.— ¿Pero tienes una maza?

A.— ¿Por qué..., por qué necesitaría una maza?

B2.— Para intentar romper los cristales blindados.

A.— ¿Blindados?

B2.— Y digo “intentar” porque no creo que lo consiguieras. No eres Sansón, precisamente.

Quizás con el taladro adecuado y una broca de carburo-tungsteno... o recubierta de nitruro de titanio..., quizás.

A.— ...

B2.— Es un sistema de última generación. Ni en el Pentágono lo encuentras. Esto es una fortaleza infranqueable.

A.— Pero ¿por qué? Es una jodida oficina del ayuntamiento de un pueblo de mierda.

B2.— ¿Oficina del ayuntamiento? ¿Quién te ha contado esta gilipollez?

A.— No sé..., yo... ¡Tu hermano! ¡Tu hermano!

B2.— A mi hermano no le hagas ni puto caso.

A.— Dios santo..., ¿por qué sonrías?

B2.— Perdona. Es que me hace mucha ilusión que haya salido este tema de forma casual.

A.— ¿Qué tema?

B2.— El de por qué tengo un sistema antirrobo de última generación.

Pausa.

A.— ¿Por qué?

B2.— No me gusta ir por ahí dándomelas de..., pero el caso es que soy empresario. Empresario y emprendedor. Y un hombre de verdad, por cierto.

Y aquí me instalé para dedicarme a un negocio cojonudo: comida liofilizada.

A.— ¿Liofilizada?

B2.— Eso.

Pausa.

A.— ¿Eso no es la comida de los astronautas?

B2.— Exactamente, me dedico a vendérsela a toda esta panda de desocupados que se preparan para... para hipotéticos finales anticipados de la existencia humana, tú ya me entiendes.

Lo vendo por raciones diarias, con todas las calorías necesarias. Pequeño y práctico.

¿Qué te parece?

A.— Bien. Bien, claro. ¿Raciones diarias?

B2.— Claro, ocupan poco y puedes llevarlas encima.

A.— Pero ¿cuántas hacen falta...

B2.— ...

A.— ... si realmente llega a pasar...

B2.— Ya, ya...

A.— ... que tú y yo sabemos que no, pero...

Pausa.

B2.— Pues no lo había pensado...

Eres bueno en esto. ¿Eres/ ¿Has venido a robarme ideas?

A.— No, no, soy periodista.

B2.— Periodista.

A.— Sí, pero cubro tonterías sobrenaturales... No/ Debes de haberte forrado aquí.

B2.— Pues no. ¿Te lo puedes creer?

A.— Lo lamento.

B2.— Hijos de puta...

A.— ¿Y allí? (*En referencia a la puerta situada detrás del mostrador*)

B2.— Qué hijos de puta, tratar así a otro ser humano...

A.— Perdona, ¿y allí?

B2.— ¿Qué?

A.— ¿Qué hay detrás de esa puerta?

B2.— Nada. Un cuartucho que usamos como almacén.

A.— ¿Y allí no hay alguna otra manera de salir o...?

Pausa.

B2.— Nada, allí no hay nada.

A.— Ya...

Pausa.

¿Puedo verlo?

B2.— No.

A.— ¿Por qué?

B2.— Porque no hay nada que ver.

Pausa.

A.— Tu hermano está allí, ¿no?

B2.— Supongo.

A.— Total, no tenemos nada que hacer.

A intenta avanzar hacia la puerta.

B2.— ¿Qué haces?

A.— Voy a/

B2.— No sigas.

A.— ¿Por qué?

B2.— Porque, si no me haces caso, te voy a tener que matar.

Pausa.

Vaya cara has puesto.

A lo vuelve a intentar.

No.

A se detiene. B2 se mantiene en el límite entre la amenaza y el juego.

Te estoy tomando el pelo, hombre. Que, por cierto, a ti... No quiero meterme donde no me llaman, pero...

A.— ¿Pasa algo?

B2.— Creo que sí.

A.— ¿Qué?

B2.— Ya lo creo que sí.

Te estás quedando calvo, ¿verdad?

A.— ¿Calvo?

B2.— Calvo. Te vas a quedar calvo como una bola de billar.

A.— ¿Sí, no? ¿Verdad que se nota?

B2.— No. Pero sí.

A.— Nadie me cree. Lo cuento y nadie me cree.

B2.— Estás en ese punto...

B2.— ¿Lo estás notando ya?

A.— Sí, bueno, claro, se me cae mucho pelo, ehm..., se está volviendo más fino, cuando salgo de la ducha me miro al espejo y se encrespa, y es como pelo púbico pero finísimo. Es horrible. Es horrible.

B2.— No, yo me refiero a la prueba definitiva, a la confirmación de la catástrofe de la puta deforestación de tu Amazonia particular.

A.— ¿Cuál es?

Pausa.

B2.— Uno no puede decir que se está quedando calvo hasta que un día vas por la calle, un día de esos que hace un poco de calorci-llo, ¿eh?, y que estás sudando, y de pronto se levanta una ligera brisa y/

A.— ¡Y notas el aire frío en la coronilla! ¡Lo he notado, lo he notado!

B2.— Pues estás jodido, tío.

A.— ¿Sí?

B2.— Estás bien jodido. Mírame a mí. En nada, estarás como yo¹.
“Vaya mierda, ¿no?”. Esto es lo que piensas, ¿verdad?

A.— No, bueno, yo tampoco...

B2.— No hay derecho. El mundo es muy injusto.

A.— Bueno, hay cosas peores.

B2.— ¿Hay cosas peores?

A.— Bueno, sí. En el mundo pasan cosas peores.

B2.— ¿Como qué, listo?

A.— Joder, guerras, hambrunas. ¡Niños que mueren! Por no hablar de la salud; estás calvo, pero podrías tener un millón de enfermedades peores, mortales.

Pausa.

B2.— Es verdad.

A.— Claro.

B2.— ¿Cómo puedo ser tan imbécil? No, no, de verdad. ¿Cómo puedo ser tan estúpido? Tan...

¹ Si se diera el caso de que el actor que encarna a B2 tuviera una cabellera profusa, tampoco debería ser un problema, por cuanto su percepción de la realidad es bastante singular. Quizás debería añadirse alguna línea de diálogo más afirmando que, aunque no lo parezca, su pelo está mucho peor de lo que aparenta.

A.— Bueno...

B2.— ¿Cómo puedo ser tan mierdas? Tan asqueroso, tan sinvergüenza, tan despreciable, aborrecible, escupible, imbécil, soez, lameculos, hijo de la gran puta. ¿Cómo? ¡Egoísta!

A.— Mira, yo propongo que nos relajemos.

B2.— ¿Sí?

A.— Porque creo que las energías están muy cargadas.

B2.— ¿Energías?

A.— Sí, bueno, el, el...

B2.— ¿Entonces crees en energías?

A.— Bueno/

B2.— ¿Como los de afuera?

A.— Bueno, yo no diría tanto, tampoco es que sea muy... fundamentalista.

B2.— ¿Eres uno de ellos?

A.— No, no, no, no. Soy muy normal. Pero créeme: va bien.

B2.— ¿Va bien?

A.— Ser consciente de las energías.

B2.— Pero entonces ¿existen estas cosas?

A.— No tengo ni idea. Pero a mí me sirven.

B2.— ¿Como la magia?

A.— Pero en positivo.

B2.— ¿Y cómo?

A.— ¿Cómo?

B2.— De qué manera.

A.— Bueno, tienes que respirar.

B2.— Ya lo hago.

A.— Me refiero a ser consciente. Inhalas aire. Exhalas aire.

A lo practica un par de veces. Intenta poner la mano en el diafragma de B2 para ayudarle a detectar la buena respiración, pero este se aparta. Los movimientos de los dos son tímidos y torpes.

¿Lo notas?

B2.— Sí, sí, sí.

¿El qué?

A.— Que todo va a menos. Que todo se relativiza.

B2.— Pero ¿y las energías?

A.— ¿Qué?

B2.— ¿Dónde están? Yo pensaba que veríamos...

A.— Venga, hombre.

B2.— ¿Qué?

A.— ¿Me lo estás preguntado en serio?

B2.— Claro.

A.— Están en, en... están en ti.

B2.— ¿En mí?

A.— En todos nosotros.

B2 se acerca mucho a A. Están frente a frente. De pronto, B2 abraza a A. Fuerte. Mientras dure el abrazo, aunque sutil, los gestos de B2 tienen que ser excesivamente cariñosos, incluso algo eróticos tratándose de abrazar a un desconocido.

B2.— Eres un buen hombre. Gracias.

A.— No, no hay de qué.

B2.— Gracias.

Me siento tan solo aquí, en este pueblo.

A.— Lo entiendo.

B2.— Con el cretino de mi hermano.

A veces me gustaría que se muriera y así estar tranquilo.

A.— Ya.

B2 da a A un par de generosos besos en las mejillas.

B2.— Gracias.

Estoy mucho mejor ahora.

Qué, ¿quieres una salchicha?

A.— ...

B2.— Tengo ahí en el almacén 132.456 salchichas liofilizadas. Si te apetece una..., te invito. Total, ya no queda mucho. Después ya... tampoco las podré vender.

A.— No, gracias.

B2.— Bah, tienes razón, mejor que no. Son una mierda.

Y total, para qué, ¿no? Si ya las debería haber vendido antes, estas mierdas. (*A sí mismo*) ¡Tonto, eres tonto!

Pero claro... como aquí están obsesionados con la comida natural... ¿Tú sabes la de horas que he pasado pateándome este pueblo de mala muerte intentando venderles las mierdas estas? Es que, además, el postre estaba incluido. Son unos sobrecitos sorbibles con sabor a fruta. Están muy ricos, pero tienen mucho azúcar. Y como ahora resulta que el azúcar tampoco es bueno... Joder, no va a quedar nada, al final, coño, ya...

En fin, deprimente... Con esta gente no se puede hacer negocios, no podría vender ni el coño de mi hermana a esta panda de maricones.

Porque esto es lo que son, una panda de piojosos maricones.

Sí.

Pausa.

A.— Oye, ¿no están más cerca?

B2.— Sí, parece que sí.

A.— Están tan callados. Y atentos... observándonos...

¡Mira! Se están acercando.

¿Por qué nos miran?

B2.— Porque son unos cerdos, unos cerdos.

A.— Mañana tengo una partida de pádel. Me gustaría salir de aquí.

B2.— Mira, piensa que... esto pasará en un rato, y tú y yo nos vamos a reír. Ya lo creo. ¡Claro, tío! Así me gusta, sonrío.

Es todo tan ridículo... Fíjate en los de afuera. Son de risa, ¿no?

A.— Sí.

B2.— Claro, hombre. ¿Las pintas que llevan? Y...

Mira, yo no soy..., yo soy muy tolerante y eso, no te pienses..., pero a ver: todos estos de aquí son una panda de maricones de la hostia. Hablemos claro: putas y maricones. Sí, sí, putas, putas guarras. ¿Ves a las chicas esas, todas con sus pantalones anchos, sus camisas anchas y que van sucias, porque van un poco sucias...? Pues, con la excusa del rollo espiritual, se pasan el día pensando en follar. Van calientes todo el día, las muy cerdas. ¿Y sabes por qué? Porque necesitan que alguien se las folle, pero que se las folle bien, porque como sus amigos son maricones, no lo consiguen. Y eso es lo que piden a gritos.

¿Sabes que a mí se me han intentado follar? Sí, sí, pero yo las he evitado, claro, porque tengo fuerza de voluntad y solo faltaría que ahora pillara algo con una de estas...

A.— ...

B2.— ¿Tú follas mucho?

A.— ¿Yo? Yo... no sé, yo... normal.

B2.— Define “normal”, ¿qué es normal para ti?

A.— No sé...

B2.— Una cantidad. Al año.

A.— ...

B2.— Joder, tampoco es tan difícil.

A.— ...

B2.— ¿Eres lento?

A.— Ehm...

B2.— A ver, por ejemplo, yo: con más de... noventa y seis. Noventa y seis tías distintas, quiero decir; polvos, muchos más, claro. ¿Tú, cuántas?

A.— ...

B2.— ¿Cuántas? ¿Eres maricón?

A.— Yo..., eh..., no...

B2.— ¿Sí?

A.— Yo... tres, tres. Sí, tres.

Pausa.

B2.— ¿Tres? ¿Este año has follado solo con tres tías?

A.— ... Sí.

B2.— Estás casado.

A.— No. Divorciado.

B2.— Ah...

A.— Sí..., yo... tres.

B2.— Eres maricón.

A.— No.

B2.— ¿Tienes algún problema?

A.— No.

B2.— ¿No se te levanta? Por eso tu mujer...

A.— Por favor...

B2.— Tú eres maricón.

A.— Joder, qué obsesión.

B2.— ¿Qué?

A.— Nada.

B2.— ¿Cómo no me he dado cuenta?

A.— ¿Y qué si lo fuera?

B2.— Ah, o sea, que sí que lo eres.

A.— Que no.

B2.— Uy, el gallito.

A.— No te acerques.

B2.— Tienes miedo.

A.— Vamos a ver...

B2.— Me has engañado.

A.— No. Venga, va, estábamos bromeando.

B2.— Me has tomado el pelo.

A.— No, en serio.

B2.— Eres uno de esos de afuera.

A.— No. Porf/

B2.— A ti lo que te gusta es que te den. Bien fuerte, ¿verdad? Que te revienten el culo.

¿Sabes lo que hacemos con los de tu clase allí de donde vengo?

A.— Por favor.

B2.— ¿Por favor?

A.— Sí.

B2.— ¿Sí? ¿Qué coño de respuesta es sí? “Sí”.

A.— Perdón. Mira...

B2.— ¿Te vas a arrastrar?

Harías lo que yo te pidiera, ¿verdad? Cualquier cosa.

Pausa.

Arrástrate.

A.— ¿Qué?

B2.— Como un gusano. Venga.

A.— Pero/

B2.— Shhh...

No, mejor: haz el pino.

A.— ...

B2.— Haz el pino. Va. Venga.

Pausa.

A.— Es que no... no sé hacer el pino.

B2.— Haz-el-puto-pino.

A.— Yo no sé..., me voy a caer, es que no sé, yo no sé...

*A se rinde. Empieza a pensar cómo puede hacer el pino. Se arro-
dilla e intenta hacer algún movimiento torpe en el suelo. Se rinde.*

Es que no sé hacerlo, no sé cómo se hace, lo siento, lo siento mu-
cho.

B2 camina tranquilo hasta situarse cerca de A.

No me hagas daño, por favor, por favor.

B2.— Mierda.

A.— ¿Qué pasa?

B2.— Que ya casi es la hora.

A.— ¿Qué?

B2.— Que esto se acaba.

A.— ¿El qué?

B2.— Coño, esto.

A.— ¿Esto? ¿Pero no era una broma?

B2.— ¿Qué?

A.— ¡Una broma!

B2.— ¿Broma?

A.— ¡Sí! Una/
Una broma.

B2.— ...

A.— ¿Cuánto queda?

B2.— Muy poco. Poquísimos.
Adiós.

A.— ¿Qué?

B2.— Me largo.

A.— Cómo que..., ¿a dónde?

B2.— No nos hemos dicho el nombre, ¿verdad? Una pena.

A.— ¿Pero no era imposible escapar?

B2.— Me voy al refugio. Tengo un refugio antinuclear..., a ver si aguanta esto. No tengo ni idea, pero por probar...

A.— Por favor...

B2.— Te diría que vinieras, eh, pero es que es para una persona y...
Total, un placer; espero que no sufras mucho. ¡Con Dios!

B2 sale por la puerta del mostrador y cierra. A se levanta, se recompone. Pasa un rato.

A.— Dios mío...

Entra B1. A y B1 se observan un rato sin decirse nada.

¿Quién eres?

B1.— ¿Cómo que quién soy?

A.— ¿!QUIÉN ERES!?

B1.— No hace falta que grite.

A.— ¿¡Eres otro hermano!?! ¿¡Quién eres!?!

B1.— ¿Otro hermano?

A.— ¡Yo qué sé!

B1.— Soy yo, ¿quién voy a ser?

A.— ¡¿Quién de los dos?!!

B1.— Modere el tono. Ha llegado aquí hace un rato porque se le había estropeado el coche y es reportero de un programa de televisión, aunque a mí no me suena de nada su cara.

A.— He conocido a su hermano.

B1.— No está bien de la cabeza ese hombre.

A.— Así que usted es...

B1.— Su hermano.

A.— Y ¿dónde ha estado..., dónde ha estado todo este tiempo?
Cuando se ha ido... y ha venido...

B1.— ...

A.— ¿¡Dónde estaba!?

B1.— Señor...

A.— ¿Por qué me han hecho esto?

B1.— ¿Quién? ¿El qué?

A.— Tú. Tú hermano y tú.

B1.— No hemos hecho nada.

A.— ¿Por qué?

¿¡Por qué!?

¿¡Por qué me hacéis esto a mí!?

B1.— Yo no quería que usted/

A.— Vosotros dos/ ¿Es una broma? ¿Eres la misma persona? ¿Te estás riendo de mí?

B1.— No, señor, por favor.

A.— No me das miedo, ¿¡de acuerdo!?

B1.— Le aseguro... Le juro que no soy mi hermano. Es un ser deleznable.

A.— ¿Qué hay ahí detrás?

B1.— No hay nada.

A.— ¿Cómo que no hay nada?

B1.— Por favor, señor, cálmese.

A.— ¿¡Qué coño hay ahí detrás!?! (*Avanza hacia la puerta*)

B1.— ¡Señor! (*Intenta interponerse entre A y la puerta*)

A.— ¿Qué haces?

B1.— Hágame caso.

A.— ¿Qué? ¿Me vas a amenazar como ha hecho tu hermano de mierda? No os tengo miedo, ni ahora ni antes, ¿vale?

B1.— Yo solo quiero ayudarle, señor.

A.— ¿Tú qué me vas a ayudar? Payaso.

Pausa.

¿Qué, no dices nada, mierdas?

Desde que he llegado aquí me has tomado el pelo.

¿Me lo has tomado, o no?

Reconócelo.

No me has ayudado en nada.

B1.— Perdone. No era mi intención.

A.— Tomándome el pelo, jugando conmigo para volverme loco con vuestro... juego... raro. Eres una mala persona. Tú y tu hermano o tú solo, ya me da igual.

B1.— Acepte mis disculpas, señor.

B1 abre los brazos y ofrece un abrazo a A.

Pero, por favor, no...

A decide hacer caso omiso, rodea a B1 y se acerca a la puerta.

A.— Ahora, voy a entrar.

B1.— No lo haga.

A.— Me da igual lo que digas. ¡Me dais igual todos, ya!

A abre la puerta. Dubitativo, acaba cruzando el umbral. Cierra la puerta. B1 se queda solo en escena un rato. Mirando a la puerta. Al cabo, se vuelve a abrir la puerta. Entra A. Todo el conocimiento al que ha accedido, vetado al resto de la humanidad, pesa sobre sus hombros.

A.— Dios mío.

B1.— Se lo dije.

A.— *(En referencia al espacio que acaba de abandonar)* **Lo que hay ahí...**

B1.— Lo sé.

A.— Pero eso es...

B1.— Sí.

A.— Dios mío.

B1.— Lo siento por usted.

¿Por qué me mira así?

A.— No hay nada que hacer.

B1.— No hay nada que hacer.

Pausa.

Absolutamente nada. No hay nada que hacer.

A.— Dios mío.

B1 se acerca a A y de forma torpe, por unos instantes, le da unos golpecitos de consuelo en el hombro.

¿Seguro, eh, que no hay nada que...?

B1.— Nada.

A.— ¿Y ahora qué?

B1.— Pues... Esperar.

A.— Algo se podrá hacer.

B1.— Ya está.

A.— ¿Ya está?

B1.— Ya está.

A.— Claro. Ya está, ya está.

Pausa.

B1.— No sé cómo ayudarle.

A.— ¿Tiene usted familia?

B1.— Tengo hermanos.

A.— ¿Hermanos?

B1.— Sí. Somos 25 hermanos.

A.— ¿25 gemelos?

B1.— No, gemelos solo mi hermano y yo, pero... 25 hermanos, sí.

A.— Eso es imposible.

B1.— No lo es.

A.— Sí, eso es imposible...

B1.— No.

Pausa.

A.— ¿No?

B1.— ¿Y usted?

A.— Yo soy hijo único.

B1.— ¿No tiene hermanos?

A.— No.

B1.— Eso es terrible.

A.— No crea, tenía muchos regalos en Navidades. Llevaba al colegio los regalos para que mis amigos vieran que tenía más regalos que ellos.

B1.— Lo lamento.

A.— ¿Por qué?

B1.— Porque está muy solo.

A.— Tengo amigos.

B1.— ¿Amigos?

A.— Amigos. ¿No sabe lo que son?

B1.— Sí, aunque... nunca he visto a ninguno.

A.— ...

B1.— Pero he pensado que usted... que usted podría ser mi amigo.
¿No dice nada?

A.— Es que... Las cosas no son tan sencillas.

B1.— ¿Ah, no?

A.— Es más complicado.

B1.— ¿Por qué? ¿No podemos ser amigos si queremos?

Pausa.

A.— Sí. Podríamos.

Pausa.

Pero yo no quiero.

No.

B1.— Señor...

A.— ¿No tienes pareja, hijos?

B1.— No. Tengo hermanos.

A.— Yo tengo dos niñas.

¿Las quieres ver?

Mira.

A empieza a sacar su cartera del bolsillo.

B1.— ¿Están aquí?

A.— Sus fotos.

B1.— Ya, claro.

*Miran las fotos. B1 da otro golpecito amistoso a la espalda de A.
Este vuelve a guardar su cartera.
Pausa.*

Esto es el final, ¿verdad?

B1.— ¿Esto?

A.— Claro. Esto.

B1.— No lo sé. No lo puedo saber.

A.— Es el final.

B1.— Bueno, todo se acaba. Todo comienza y todo se acaba, sí. Pero teóricamente nosotros estamos salvados.

A.— Ya, pero ¿y la gente a la que quiero?

B1.— ¿Sus hijas?

A.— Tengo miedo.

B1.— Lo siento mucho.

A.— ¿No tiene miedo?

B1 niega con la cabeza.

¿Cuánto queda?

B1.— No lo sé. Los relojes ya no funcionan, ya nada funciona. ¿Un minuto?

A.— ¿Un minuto?

B1.— Qué más da ya.

A.— Joder, tengo mucha sed.

¿No tiene...? ¿De verdad que no tiene agua? ¡Por favor!

Pausa.

¿Es esto? ¿Es así como...? Cuando uno sabe que se ha acabado.

¿Es así como...?

¿No puedo despedirme de la gente a la que quiero?

¿A usted esto no le importa? ¿No le importa?

Tampoco podré pedir disculpas a la gente a la que he hecho daño, a todos a los que he herido.

A veces he sido muy mala persona, ¿sabe? Y un cobarde. Yo disimulo. Siempre, siempre que llega el momento de pagar, hago ver como que busco el dinero hasta que otro saca la cartera y paga. Porque así yo parezco un... un buen tipo, un tipo... un buen tipo. Que lo ha intentado. ¿No?

¿Por qué, por qué me mira así? ¿Soy raro? ¿Cree que...? No me mire así.

Sí, usted me mira así pero/ No me cae bien, usted. Ahora ya se lo puedo decir, sí. Es un tipo muy raro. Me da incluso un poco de asco, pero me he callado todo este tiempo. Por ser práctico. Y sí, quizás también por un poco de miedo, pero pensaba que usted podría salvarme. Pero es un inútil. No sirve para nada.

Pausa.

(Observando el exterior) Dios mío.

B1.— Tengo una duda: ¿las cosas pueden acabar si no tienen sentido?

A.— Ya están todos aquí.

B1.— ¿Alguna vez ha tenido usted la sensación/

A.— Aquí. ¿Por qué está tan oscuro?

B1.— ¿Alguna vez ha tenido usted la sensación de que no es dueño de su propio destino?

A.— ¿¡Por qué está tan oscuro!?

B1.— No lo sé.

A.— ¿¡Cómo lo sabremos!?

B1.— ¿El qué?

A.— ¿Cómo sabremos que todo ha acabado?

B1.— ¿No conoce la profecía?

A.— ¿La profecía?

B1.— “Este final será el final del mundo conocido: toda esta realidad se desvanecerá en la nada, ninguno de nuestros actos será recordado.

Sin hacer ruido, sin dejar huella, todos nosotros desapareceremos”.

Pausa.

A.— ¿Y después?

B1.— Oscuridad.

Corte abrupto a negro.

FIN



JAN VILANOVA CLAUDÍN

Andorra, 1982

© Adriana Nadal

Estudió cine en la Escuela Superior de Cine y Audiovisuales de Catalunya (ESCAC) en la especialidad de montaje. También es graduado en Historia por la Universidad de Barcelona.

A lo largo de su carrera ha combinado el trabajo de montador con la escritura de textos dramáticos.

En 2013 crea, con un grupo de amigos, la productora teatral Sixto Paz Produccions. A lo largo de estos años, han producido más de una decena de obras, entre las que destacan *Pulmons* o *hISTÒRIA*. En la mayoría de proyectos ha trabajado como dramaturgo o ayudante de dirección.

Como autor ha estrenado: *Bruno & Jan (& Àlbert)* (2015, Círcol Maldà), *hISTÒRIA* (2016, Sala Beckett; Premio Crítica Serra d'Or 2017), *Dybbuk* (2016, Temporada Alta y Sala Beckett), *Oscuridad* (2019, Sala Intemperie) y *Así bailan las putas* (2019, Festival GREC, Escenari Brossa).

Contacto: vilanova.jan@gmail.com

EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO

OSCURIDAD

Un conocido reportero de televisión se dispone a cubrir el fin del mundo en un pueblo perdido. Por desgracia, su coche se estropea justo al llegar y decide entrar en la anodina oficina de turismo del lugar para pedir ayuda. Pero allí no hay nadie, aparentemente.

Es 21 de diciembre y hace un calor insoportable.